

# Presagios

Jaime Augusto Shelley



Las lápidas del poeta John Keats y el pintor Joseph Severn, en el Cementerio Protestante de Roma, Italia. (Fotografía: Dan Kitwood/Getty Images)

SABEMOS POR DIVERSAS FUENTES QUE ALGUNAS PERSONAS, en algún momento de su vida, experimentan momentos de visiones o antelaciones de situaciones extrañas. Puede suceder en sueños, en percepciones súbitas en mitad de actividades simples o en momentos límite de circunstancias peculiares.

En la mayor parte de los casos, quien las vive tiende a hacerlas a un lado, con la habitual costumbre de hacer desaparecer los momentos desagradables o inusuales de su existencia y continuar su vida normal, ordenada, comprensible, mediocre, sin alterar su flujo. No ocurre así con personas de sensibilidad aguda.

Bertrand Russell escribió un libro en el que revela las pesadillas de personas de cierta importancia en su momento. No todas las experiencias contadas son de interés para una mente inquisitiva de nuestros días, lo que resulta intrigante es el interés del gran filósofo por adentrarse en ese terreno, en busca de respuestas tal vez de sus propias ansiedades o inquietudes ante fenómenos similares.

Nuestra cotidianidad de *homovidentes*, infestados de información —si bien nos va— plurivalente, nos ha vacunado de los miedos y asombros de tipo primario, ahora las vivencias parecen haberse ido a segundo plano y la percepción se estanca en una sensación continua de no estar plenamente al tanto de tal o cual suceso en tiempo real. Y hay mucho sucediendo, de importancia variable, según los niveles de comprensión de los sujetos en cuestión.

La peor pesadilla de Sócrates (o Platón) parece cumplirse cuando lo *aparente* prevalece sobre lo *esencial*. Las cosas, los entes, lo meramente circunstancial se vuelven prioritarios al margen de su posible o efectivo valor. La reflexión cede su lugar al reflejo. La imagen supera la expresión de lo reflejado. (¿Photoshop?)

El poeta Hölderlin sufrió una crisis aguda al darse cuenta de que Dios había muerto (o al menos se había marchado a otra parte) y, resignado —y sin duda no monoteísta— aguarda la aparición del siguiente, porque, dice: “Muchos dioses ha habido y todos han aportado algo al diálogo que es la Historia del hombre”. Nada es permanente. Y sin embargo, sigue allí.

Entonces, asumamos este *interregno* de nuestro acontecer, donde el dinero es Dios (que agoniza o ya ha muerto) y la crisis dominante es sólo un mal pasajero y debemos aguardar el ascenso al trono del siguiente ser reinante.

La economía está repleta de predicciones (que casi siempre fallan) —si no, que lo diga nuestro multi-premiado secretario de Hacienda— y en su mayoría hablan del fin del imperio yanqui. Lo que no se sabe es cuándo y cómo morirá el pestilente dominio del dólar sobre las naciones bajo sus garras. Cuestión de optimismos o escepticismos.

Aunque hay otro orden de eventos que nos puede conducir a la sensación del hallazgo o descubrimiento de lo que parecería estar más allá de nuestra capacidad. Al unir piezas, como en un rompecabezas, se presentan datos que por sí solos no tendrían mayor importancia, se les llama presagios, anticipaciones de algo visto parcialmente o en forma desordenada y que requieren, cuando mucho, de una concentración y/o la acumulación de más datos específicos para alcanzar una certidumbre o su descarte como hipótesis comprobable.

Corría el año de 1966 y yo no libraba la quincena con el magro sueldo que devengaba. Revueltas trabajaba en la Subsecretaría de Asuntos Culturales de la SEP y editaba una colección de libritos para consumo de los maestros llamada “Cuadernos de lectura popular”, y dentro de la colección, una serie que se llamaba la “Honda del Espíritu”; para ésta me pidió que escribiera una pequeña biografía de Percy Bysshe Shelley, bardo inglés del post-romanticismo, poco conocido en nuestro idioma.

Me lancé a la tarea que me tomó un par de meses, y ya adentrado en el tema titulé dicho ensayo “Hierofante”, por las razones que expondré más adelante.

Un grupo de amigos que admiran su poesía instan a John Keats a que se les una en Italia; a causa de su penosa salud, los doctores le han recomendado que busque un clima más templado y así se recupere de la tisis que lo agobia. Sus amigos organizan una colecta y le pagan el pasaje. La situación de Keats es mucho más grave de lo previsto y alcanza a llegar apenas hasta Roma, donde muere. Su casa es una modesta vivienda a un lado de las Escaleras de España, donde se creó un pequeño museo llamado Casa Keats-Shelley que hasta nuestros días abre sus puertas a los visitantes.

La muerte del poeta duele mucho a Percy, su amor y admiración por su compatriota era genuina y ello se deja ver en la elegía que escribe, llamada “Adonais”, texto extenso y muy celebrado como una de sus mejores composiciones. (“Murió Adonais y por su muerte lloro”, dice su primera línea). Al final del texto, aparece la premonición sombría:

Desciende a mí la vida cuya esencia  
 invoca el canto. Lejos de la playa  
 la barca de mi espíritu deriva,  
 muy lejos de la turba temblorosa  
 que nunca dio su vela al huracán.  
 ¡La tierra ponderosa se desgaja  
 de la celeste esfera! Voy llevado

a lejanías de pavor y sombra  
 mientras en lo más íntimo del cielo  
 el alma de Adonais, como una estrella,  
 fulgura en su mansión de eternidad.

Unos meses después, en julio de 1822, se embarca en un viaje en su pequeño barco, *Ariel*, a pesar de las advertencias que se le hacen de una posible tormenta. La embarcación naufraga y sus tres tripulantes mueren ahogados. ¿Quiso el poeta —que, por cierto, no sabía nadar— experimentar vívidamente el fenómeno de un mar embravecido? Sabemos que era arrojado, pasional y, a sus 29 años, estaba lleno de alegría de vivir y proyectos inconclusos. ¿Cómo pudo ocurrir una tragedia así?, casi calcada de los versos antes citados. Además, deja inconcluso un ensayo llamado “El triunfo de la vida”. ¡Oh, paradoja!

Se usaba en los años en que escribí mi estudio que uno entregaba un recibo (a éste se le adherían unas estampillas fiscales compradas en las papelerías que cubrían el monto del impuesto). En una pequeña ventanilla en la planta baja de la Secretaría, después de hacer fila, se recibía el documento y se le entregaba al solicitante un contrarrecibo con una fecha de pago que no quedaba definida. Había que ir, hacer otra fila y preguntar. Fui, en un término de varios meses, al menos en tres ocasiones. Nunca pude cobrar mis 500 pesos por derechos de autor. Por fin desistí. Yo ya lo presentaba. Y ahora parece que la Secretaría de Educación, de nuevo centralizada, vuelve a hacer de las suyas, es decir, a jinetear el dinero y así manipular a sus trabajadores.

¿Premoniciones? **AAA**



Lápida del poeta Inglés Percy Bysshe Shelley en el cementerio protestante de Roma, Italia. (Fotografía: Hulton Archive/Getty Images)